

MONOGRAFIA CEDICE No. 33

CARLOS RANGEL: UNA OPINIÓN DISIDENTE

Robert A. Parsons

PRESENTACIÓN

La dimensión intelectual y crítica de Carlos Rangel no ha sido suficientemente estudiada todavía. Su aporte fue, en un momento clave en la historia de América Latina (la década de los 70, el auge del tercermundismo y del capitalismo de Estado), en acto de valentía y un llamado a la reflexión que pocos escucharon. Ello no impidió que la evolución política y económica de estas naciones terminara por darle la razón: la irreverente visión de Rangel llegó a ser mucho más acertada, de lo que sus críticos (de ayer y de hoy) se imaginaron.

Entre los sorprendidos se cuentan numerosos intelectuales de otras latitudes. Salvo por el decidido apoyo de Jean Francois Revel en Francia, donde “Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario” recibió una adecuada promoción y atrajo comentarios de todo tipo, el mundo pensante supo poco de Rangel en otros lenguas. Para salvar esa brecha y relanzar la polémica, década y media después de su primer libro, aparece este ensayo de Robert. Parsons que, de inmediato, fue considerado por CEDICE como un invaluable documento sobre la obra de uno de sus más resaltantes miembros: Carlos Rangel.

Parsons enfatiza su admiración hacia la originalidad de Rangel en su enfoque y en la valentía de sus planteamientos, con lo que resuelve el problema de acercamiento que podría tener el público norteamericano con relación a los trabajos de Rangel, visto que la mitología, que él mismo ataca en sus dos obras (“Del buen salvaje...” y “El tercermundismo”) es el marco referencial de los intelectuales norteamericanos, canadienses e ingleses desde hace ya bastante tiempo.

Hacía falta una crítica como la de Parsons, porque con honestidad reconoce el profundo reconocimiento que se tiene en esas latitudes de la obra de Rangel y de su enfoque. No hace concesiones complacientes y comenta negativamente algunos aspectos de la obra del venezolano, pero lo hace con inteligencia, quizás sin comprender que los dos trabajos de Rangel eran, a final de cuentas, no sólo interpretaciones de la realidad bajo la perspectiva de un ángulo periodista, sino además aportes casi

planfentarios, más importantes incluso que los de carácter académico, que se necesitaban en ese momento, para inflamar la llama de la libertad en nuestro Continente.

Parsons no complace personalismos, ni halaga gratuitamente. Eso no tiene mucha importancia: sabemos que los dos libros de Rangel no pretendían sentar cátedra, ni instituirse como documentos básicos para el estudio sistemático de nuestra realidad política y social. No era Carlos Rangel hombre de esas ambiciones intelectuales, que prefirió dejar siempre en manos de otros escritores. Como autor de trinchera que fue (¿qué periodista no lo es en el fondo?), el más importante de los aportes de su obra fue y sigue siendo el dejar una brecha clara por la que se podría penetrar el bastión construido por la izquierda revolucionaria latinoamericana en todos los ámbitos de nuestra vida contemporánea, y eso resultó ser lo más importante.

Claro que tenía interés de abordar los problemas de fondo de nuestro complejo de subdesarrollados, que creo persiste. Pero no podía hacerlo con extensas bibliografías, hipótesis y una decantada demostración, porque esa vía, ensayada por otros intelectuales, había sido sistemáticamente desprestigiada por una muy racional e inteligente izquierda que, utilizando argumentos derivados de sus metodologías marxista o estructuralista, ponían en entredicho muchos argumentos que, como diría Hayek, al recibir el premio Nóbel de economía, no se pueden demostrar con ecuaciones.

El modelo de sociedad construido con bloques de modelo, esa suerte de rompecabezas, el mecano de los socialistas, es una ilusión difícil de erradicar, porque estamos convencidos de que el hombre, en su infinita pedantería intelectual, cree que está en capacidad de racionalizar cuanto ocurre a su alrededor y darle una conformación adecuada a sus intereses. El agradable ambiente intelectual que rodeó a Rangel en los años del éxito del racionalismo hegeliano del marxismo y la ingeniería social de los planificadores, no podía combatirse con ideales y principios, a menos que éstos no fueran manifestados como eso: banderas de lucha y valores fuera de cualquier cuestionamiento racional.

Eso hizo Rangel, y lo logró con acierto inusitado. El grado de conmoción de su trabajo fue el efecto buscado y logrado, y eso era lo más importante. El carácter agudo e inquisidor de Rangel funcionó como detonante de un movimiento intelectual cuyos

resultados los vemos hoy con el resurgimiento de las ideas de libertad bien entendida, la práctica de una economía abierta, el desprendimiento de los criterios planificadores y controladores de la sociedad, el estatismo desmedido, el nacionalismo que fungía de mascarón de proa a una intentona política de hacérselas con todo lo que era propiedad inalienable de la sociedad civil.

Rangel ayudó con su obra a detener el tren que lucía imparable. Puso dos importante piedras en el camino del socialismo en América Latina y ayudó con su ejemplo a sacar más valentía en esa lucha. De ahí deriva su importancia y el orgullo que nos causa en CEDICE retomar los comentarios que genera su obra en el mundo.

Leandro Cantó

CARLOS RANGEL: UNA OPINIÓN DISIDENTE

ROBERT A. PARSONS
Universidad de Scranton
Scranton, Pennsylvania, E.U.A.

Ha transcurrido más de una década desde que, en un seminario para graduados sobre el ensayo hispanoamericano, me enteré de un libro que para esa fecha era objeto de mucha atención en Francia y en gran parte del mundo de habla hispana. Carlos Rangel, un popular periodista venezolano y anfitrión en entrevistas por televisión, originalmente escribió Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario 1/en español, aunque fue inicialmente publicado casi simultáneamente en París por Robert Laffont en una traducción al francés y en Caracas por Monte Avila. La versión francesa tuvo un éxito moderado para un ensayo político por un autor latinoamericano 2/, agotándose la edición original de diez mil copias a lo largo de varios años. En Caracas, sin embargo, Buen Salvaje fue un éxito comercial sin precedentes. Se colocó de inmediato en el puesto número uno entre los libros de mayor venta en Venezuela quedando en ese lugar más de un año. Durante los primeros cuatro meses, se vendieron nueve ediciones de cinco mil copias cada una y continuó vendiéndose a lo largo de los años sesenta y hasta los ochenta. En 1983, se publicó una edición revisada. La obra fue traducida al inglés, al italiano y al portugués (con ediciones separadas para los lectores brasileños y portugueses) y Monte Avila distribuyó ediciones en español en España y Argentina. Kosmos-Editorial publicó una nueva edición en México en 1986 y ha iniciado un ambicioso plan para circular la obra en todo el mundo de habla hispana durante los próximos años 3/. Transaction Books, de la Universidad Estatal de Rutgers, publicó una nueva edición en inglés en 1987.

El éxito comercial en Venezuela fue motivo de gran sorpresa para la mayoría de los observadores, incluyendo al autor, quien honestamente esperaba que Buen Salvaje provocaría la enemistad de una gran mayoría de sus compatriotas. Quizás más sorprendente aún, en vista de las opiniones controversiales que Rangel defiende, es la ausencia de atención crítica que los hispanistas norteamericanos le dan al ensayo. La versión original inglesa, publicada por Harcourt Brace Jovanovich en 1977 con el desafortunado título “The Latin Americans: Their Love-Hate Relationship with the United States”. (Los Latinoamericanos: Su

relación de Amor y Odio con los Estados Unidos), fue casi totalmente ignorada en los círculos académicos de los EE.UU) 5/, Evidentemente es demasiado pronto para juzgar qué respuesta, si acaso, provocará la nueva edición de Transaction Books

En contraste, la reacción de los críticos a Buen Salvaje en América Latina fue tanto intensa como diversa 6/. En el año siguiente a su publicación, muchos críticos, tales como Luis Enrique Alcalá, Andrés Townsend Ecurra y Germán Arciniegas, aclamaron el ensayo como la interpretación más original y honesta de la realidad política latinoamericana en la historia moderna 7/. Otros, tales como Carlos Ramírez Faría, Armando Rodríguez Trilla y María Ruiz, fueron severamente críticos 8/. Una medida de la naturaleza no ortodoxa de los argumentos políticos de Rangel se hace evidente en la hostilidad con que el libro fue recibido en algunas secciones, tanto de la izquierda como de la derecha. Por ejemplo, fue quemado en una demostración estudiantil en la Universidad Central en Caracas 9/, y su distribución quedó prohibida por el entonces gobierno militar reaccionario de Uruguay 10/.

Sin duda alguna, Buen Salvaje es un ensayo iconoclasta y provocador. No obstante, contiene viejos argumentos disfrazados como ideas nuevas, interpretaciones controvertibles de la realidad tanto norteamericana como latinoamericana y muchas omisiones significativas. Es más, los puntos de vista de Rangel respecto a muchos temas no difieren en esencia de las posiciones expresadas en los escritos políticos de Octavio Paz y Mario Vargas Llosa, posiblemente los ensayistas conservadores más leídos en la Latinoamérica moderna 11/. Rangel comparte con Paz y Vargas Llosa un profundo compromiso con ciertos principios del liberalismo clásico de los siglos XVIII y XIX tales como la libertad y los derechos del individuo, incluyendo el derecho a la propiedad privada; gobierno por mayoría a través de gobiernos democráticamente elegidos; tolerancia religiosa y política y, particularmente en los ensayos recientes de los tres escritores, una firme creencia en la economía de mercado libre. Aunque son de origen liberal, estas posiciones se inclinan de tal forma hacia la derecha del centro en el debate político contemporáneo latinoamericano que, frecuentemente, se las califica erróneamente de “reaccionarias”.

La originalidad del ensayo de Rangel yace, pues, no en las opiniones políticas que abraza, sino en la integración de estas opiniones en un ámbito histórico y mitológico más amplio. Rangel

traza la evolución de un conjunto de creencias universales y populares desde el ámbito mítico hasta el político en un intento por desprestigiar los principios ideológicos de la extrema izquierda, y realza sus argumentos con acerbos ataques a los regímenes militares y autoritarios de la derecha. Su eficaz uso del sarcasmo y de la ironía, y el tono popular de su obra, poco común también en el género ensayista hispanoamericano, posiblemente explican hasta cierto punto la popularidad de Buen Salvaje. El propio Rangel reconoció la debilidad de muchos de sus argumentos y su propósito con Buen Salvaje era el que sirviese como estímulo para una discusión más realista de los problemas y como base para extender la polémica hacia áreas prohibidas, más bien que como una interpretación definitiva de las opciones y de la realidad política de Latinoamérica 12/.

Resumiendo brevemente, Rangel argumenta lo siguiente: los escritos de Colón, de Fray Bartolomé de las Casas y de otros quienes interpretaron la realidad del Nuevo Mundo a través de ojos europeos, ayudan a transferir el mito del noble salvaje, presente bajo diversas formas en la conciencia medieval, a los pueblos autóctonos americanos. La noción de una sociedad primitiva armoniosa, asolada por los portadores de una civilización renacentista decadente, conserva una poderosa influencia a lo largo de los próximos siglos y queda reforzada por Rousseau y por imágenes de primitiva grandeza halladas en la edad del romanticismo. Durante los movimientos independentistas de principios del Siglo XIX, los latinoamericanos de todas las razas y clases sociales llegan a identificarse con el ideal mítico del salvaje incorrupto luchando por la libertad del dominio de una potencia europea, en este caso, España. El mito se convierte en una característica regular del pensamiento latinoamericano, persistiendo a medida que el reparto de personajes va cambiando. La influencia corruptora de la hegemonía política española queda reemplazada por la dominación económica inglesa y posteriormente norteamericana. El noble salvaje queda en el siglo XX transformado en el noble revolucionario. El idílico paraíso perdido se convierte en una meta política alcanzable del futuro, una sociedad sin clases, marxista. Asociaciones simbólicas con los milenarios mitos cristianos de la salvación humana y un retorno a un pasado utópico antes de la "Caída" le prestan un aura de religiosidad a los movimientos revolucionarios seculares.

El noble salvaje/revolucionario es, según Rangel, la estructura mítica sobre la cual un conjunto relacionado de “mitología compensatoria” ha sido edificado por intelectuales latinoamericanos para satisfacer una necesidad psicológica por parte de los latinoamericanos para justificar su relativa carencia de desarrollo económico, político y científico. Uno de estos mitos es la supuesta superioridad “espiritual” de Latinoamérica en comparación la cultura de craso materialismo que predomina en Norteamérica. Otro es la ausencia de prejuicio racial en Latinoamérica, contrastando de nuevo con la notoria historia racista de los EE.UU.

Las opiniones más controversiales de Rangel, no obstante, se refieren al impacto del imperialismo norteamericano sobre el proceso histórico de América Latina. Rangel contempla el tema global del imperialismo en el contexto de la mitología compensatoria. Aunque no niega el hecho del imperialismo norteamericano ni sus efectos adversos sobre las naciones subdesarrolladas, insiste que es una consecuencia, más que una causa, del subdesarrollo de Latinoamérica. En respaldo a esta opinión, cita testimonios escritos por patriotas e intelectuales de las naciones de habla hispana tan prominentes como simón Bolívar y Francisco de Miranda para demostrar una disparidad de desarrollo que antedata cualquier contacto económico significativo entre los Estados Unidos y Latinoamérica. El mito compensatorio, expresa Rangel, no es el imperialismo norteamericano en sí, sino más bien la noción de que el imperialismo norteamericano es exclusivamente responsable tanto por la prosperidad de Norteamérica como por el subdesarrollo de América Latina. Este seguimiento, que es producto del revisionismo leninista, se ha convertido en la “verdad oficial” universalmente aceptada que le proporciona a los dirigentes latinoamericanos de todas las estirpes un conveniente chivo expiatorio para justificar los problemas económicos y abdicar su responsabilidad de adoptar medidas positivas hacia un desarrollo económico.

Acerca del tema de intervención militar, la forma más visible y directa de actividad imperialista, Rangel reconoce la larga y sórdida historia de la participación de la marina de los EE.UU. En el Caribe y Centroamérica. No obstante, él ve la intervención como fundamentalmente estratégica. Desde el punto de vista de los EE.UU., estas acciones son comprensibles, opina, ya que se basan sobre aspectos de defensa nacional, específicamente, la necesidad de asegurar un control total sobre las rutas marítimas que conducen

al Canal de Panamá. Esta explicación, nos dice “no es generalmente mencionada, y en todo caso no es popular en Latinoamérica, donde se prefiere afirmar que la principal razón, (sino la única) de las intervenciones de los marines habría sido la protección de intereses económicos supuestamente vitales para los EE.UU.” (p. 64). En la edición original de Buen Salvaje, Rangel argumenta que el advenimiento de misiles balísticos intercontinentales y de submarinos polaris, ha convertido el acceso al Canal en un problema de poca importancia. Incluso la invasión de la República Dominicana en 1965, dice Rangel, habría de observarse como tan solo un legado de una política anticuada y un criterio erróneo (p. 66). Cabe observar, no obstante, que este párrafo fue suprimido de la edición de 1986 por Kosmos Editorial (p.47), lo que solo podemos suponer se debe a que la constante obsesión de los EE.UU, por el gobierno Sandinista en Nicaragua ha invalidado este punto.

En cuanto a las ostensiblemente disimuladas actividades de la Central Intelligence Agency (Agencia Central de Inteligencia) en Latinoamérica, Rangel afirma que “la CIA existe, sin lugar a dudas; y también sin lugar a dudas es responsable (...) de actos reprobables y repugnantes en favor de una potencia extranjera. Pero a partir de esa realidad ciertos gobernantes latinoamericanos se han dedicado a explicar todo cuanto anda mal y toda manifestación de descontento, aun la más legítima y transparentemente espontánea, como causada y financiada por la CIA.” (P. 90). La CIA., según Rangel, se ha convertido en un “chivo expiatorio” universal, en un esencial depositario de la mitología compensatoria. Individuos y gobiernos de todas las tendencias políticas han descubierto el fácil recurso de atribuirle sus fracasos, sus promesas quebrantadas y, lo que es peor, las actividades de sus oponentes, a la CIA. (P. 89). Los ejemplos de Rangel son caricaturescos: en 1975, un exasperado Presidente, Luis Echeverría, de México, físicamente atacado por un enfurecido grupo de estudiantes por su papel como ministro del Interior de la masacre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas, agita el puño al aire y grita: “¡Jóvenes manipulados por la CIA.!” (P. 91); y los opositores políticos de Gabriel García Márquez acusan al célebre escritor colombiano, un orgulloso partidario de Castro, de ser un agente de la CIA. (P. 92)

En su discusión en torno a las dimensiones económicas, militares y políticas del imperialismo, Rangel vuelve repetidamente a lo que quizás constituye el tema central de su ensayo: la necesidad

de que América Latina asuma una parte de la responsabilidad por los problemas políticos y económicos que acosan a sus naciones, como requisito previo a la búsqueda de soluciones realistas. Como ha destacado Angel Rama, esto coloca firmemente a Rangel en el rincón de los culpistas en lo que Carlos Real de Azúa ha descrito como el debate de culpa/conjura en relación al subdesarrollo latinoamericano. 13/. La posición de culpa enfoca explicaciones de tipo “histórico-cultural” o la persistencia hasta los tiempos modernos de actitudes e instituciones socioculturales y políticas legadas por España y Portugal en los tiempos de la conquista del Nuevo Mundo. Al enfatizar los valores culturales heredados, tales como el militarismo, el elitismo y el autoritarismo, los culpistas le atribuyen la culpa del subdesarrollo latinoamericano a factores internos, un punto de vista que ha sido históricamente respaldado por la derecha 14/. La posición de conjura, que alega causas externas y cuyos proponentes incluyen a los dependentistas o defensores de la teoría de la dependencia, está asociada a ideología izquierdista.

Lo que podría ser motivo de confusión para muchos lectores es el uso, por Rangel, de argumentos tradicionalmente esgrimidos por la izquierda en respaldo a sus puntos de vista culpistas. Repetidamente ataca a las clases dirigentes, por ejemplo, y a las poderosas oligarquías cuya cooperación con los Estados Unidos hace factible el imperialismo económico. De la misma forma, observa que grupos políticos opuestos dentro de las naciones latinoamericanas frecuentemente invitan y colaboran con los esfuerzos de los EE.UU. para desestabilizar gobiernos con los cuales están en desacuerdo, ya sea por razones ideológicas o simplemente en persecución ciega del poder. Aunque reconoce que la guerra hispanoamericana y el caso de Panamá produjeron una “definición clara de la vocación imperial norteamericana”, Rangel no prosigue el tema. Por el contrario, utiliza el hecho del imperialismo norteamericano como trampolín para una serie de ataques contra aquellos a quienes él se refiere como caudillos consulares, dictadores latinoamericanos tales como Porfirio Díaz, Anastasio Somoza y Rafael Leonidas Trujillo (especímenes de menor rango, como él llama a éstos últimos dos) quienes derivan y conservan su poder defendiendo ciegamente las políticas de los EE.UU., generalmente a costa de los intereses y de las necesidades de sus propios distritos electorales nacionales. En estos y otros aspectos, Rangel dirige sus críticas hacia los objetivos tradicionales de la izquierda en América Latina y le resta importancia a la complicidad de los EE.UU. Las conclusiones que extrae, no obstante, generalmente tienen mayor afinidad con la derecha.

Rangel también apela a la izquierda moderada a través de su defensa del aprismo peruano y de partidos políticos, en otros países de Latinoamérica, basados sobre el modelo aprista. Expresa una admiración ilimitada por Victor Raúl Haya de La Torre, fundador del movimiento, a quien llama “el marxista latinoamericano más importante y más influyente antes de Fidel Castro, Ché Guevara y Salvador Allende” (P. 158); esto a pesar de, o posiblemente a causa de, su inveterada enemistad con el Partido Comunista Soviético, que data de mediados de 1.920. Rangel incluso halla el Partido Comunista Soviético, que data de mediados de 1.920. Rangel incluso halla motivo de alabanza por el ocasional respaldo del APRA de insurrecciones revolucionarias armadas, tales como la que logró derrocar al cubano Gerardo Machado en 1933 (P. 169). Y lo que es más importante en el contexto actual, reitera y parece respaldar los principios apristas originales, incluyendo el llamado a una acción contra el imperialismo Yanqui y una nacionalización progresiva de todos los sectores básicos de la economía (pp. 164, 169).

Este apoyo al modelo aprista como la opción más prometedora para Latinoamérica, sin duda alguna también ha sido engañosa para muchos lectores. En tanto que Rangel enfatiza los orígenes izquierdistas, los ideales revolucionarios y el compromiso a la democracia de APRA, omite mencionar el gradual movimiento del partido hacia la derecha, inicialmente evidenciado por la llamada convivencia con el régimen de Manuel Prado en los años 50. Esta desviación hacia la derecha culminó con la coalición del APRA con la derecha que dominaba en el congreso peruano y que bloqueó los esfuerzos de reforma del gobierno de Belaúnde a principios de la década de los 60 15/.

Se podría suponer que el auge inicial de popularidad del Buen Salvaje se debió, al menos en parte, a la atracción que el aparente respaldo por Rangel de una izquierda democrática unida e independiente suscitaba en los apristas consagrados y, en particular, en muchos venezolanos durante los embriagantes días de los éxitos iniciales de la OPEP. Es improbable, sin embargo, que Buen Salvaje habría sido objeto de una recepción entusiasta similar en otros países latinoamericanos si hubiera sido más ampliamente distribuido a fines de los años 70. El apoyo a los ideales apristas por Rangel hubiera parecido, en ese momento, un intento fútil y tal vez sentimental por revitalizar un movimiento que había perdido

gran parte de su credibilidad y encanto en el Perú y que, además estaba sumido en el desorden en todo el hemisferio austral, donde dominaban los regímenes militares. En el actual clima político de muchos países latinoamericanos, los ideales apristas se encuentran quizás más dentro del ámbito de lo posible y son de particular interés a la luz de los actuales acontecimientos en Perú bajo su primer presidente aprista, Alan García.

Rangel es, desde luego, vulnerable a los mismos cargos que fueron frecuentemente aseverados contra el APRA antes del fallecimiento de Haya, a saber, que la retórica antiimperialista es un camuflaje utilizado para restarle importancia al respaldo de políticas norteamericanas. Los frecuentes reconocimientos del imperialismo norteamericano en Buen Salvaje son casi siempre un prelude para reducir su impacto a un mínimo y, generalmente, van acompañados de alusiones a designios imperialistas soviéticos en América Latina y otros lugares. La última sección del ensayo, por ejemplo, describe a Castro como el “último caudillo consular”, más dependiente del patrocinio soviético para su poder que cualquiera de sus predecesores con apoyo de los EE.UU.

Aunque estas opiniones del imperialismo muestran una clara afinidad con la derecha, Rangel ha sido vehemente en su repudio de una ideología conservadora. En una discusión televisada de Buen Salvaje, por ejemplo, declaró que “En la América Latina nadie puede ser conservador, a menos que sea un insensato”. 16/. Esta ambivalente postura política fue también sin duda atractiva a muchos venezolanos de clase media e indiscutiblemente ayudó a abrir la polémica sobre política internacional a personas con tendencias izquierdistas que no estaban dispuestas a abrazar ideales marxistas.

A pesar de la gran atracción que ha tenido Buen Salvaje y de la forma convincente en que Rangel presenta sus argumentos, se exige, no obstante, cierta medida de precaución. Una inspección minuciosa de los puntos de vista de Rangel revela frecuentes omisiones de hechos pertinentes y una tendencia a dar por sentado importantes cuestiones que quedan por probar. Los lectores de Buen Salvaje deben estar informados acerca de las siguientes áreas de crítica a las cuales las ideas de Rangel, particularmente en lo que se refieren al tema del imperialismo, son vulnerables.

En primer lugar, Rangel exhibe una inquietante falta de preocupación por el fenómeno del imperialismo cultural. En su discusión de Puerto Rico, por ejemplo emite mencionar los patentes esfuerzos por implantar, a principios del siglo XX, valores culturales norteamericanos, incluyendo el idioma inglés, al pueblo de Puerto Rico. En cambio, encontramos un ingenuo comentario al efecto de que la guerra hispanoamericana causó “un cambio de régimen en Puerto rico, de la administración española, anticuada, perezosa y corrompida, a la administración eficiente, escrupulosa y progresista de los norteamericanos” (P. 59), La noción, expresada a lo largo del ensayo, que Hispanoamérica puede beneficiarse a través de la adopción de valores culturales norteamericanos positivos, es motivo de preocupación a la luz de la exageración por parte de Rangel de lo positivo a la par que resta importancia a los aspectos negativos de la sociedad norteamericana.

Con respecto al imperialismo económico, el rechazo con Rangel del revisionismo leninista en el contexto de las relaciones económicas entre los EE.UU y Latinoamérica, está bien razonado y es convincente, al menos para el no especialista en materia económica. Sin embargo, su posición central de que el imperialismo económico de los EE.UU, es una consecuencia antes que la causa del subdesarrollo de América Latina, no constituye la cuestión central. Es más, sus repetidos reconocimientos del dominio económico de los EE.UU en el hemisferio austral parecen tener como propósito anticipar y, por consiguiente, socavar las críticas dirigidas a la izquierda en lugar de concentrarse sobre los problemas importantes. Lo que falta es un análisis de los efectos de la dominación económica de los EE.UU, que él reconoce en América Latina. ¿Ha creado ésta dominación estructuras que hacen que la meta de crecimiento económico que él defiende sea inasequible?. Rangel no menciona, por ejemplo, el alto porcentaje de ingresos de exportación que en muchos países latinoamericanos tiene que utilizarse para cubrir el servicio de deudas externas en vez de destinarse a fomentar el crecimiento económico. Este problema, aunque aún no había alcanzado la actual proporción de crisis, constituía un problema importante incluso cuando se escribió Buen Salvaje. 17/.

La posición de Rangel en lo que se refiere a la intervención militar de los EE.UU., es aún más problemática. Al atribuirle a la intervención norteamericana en el Caribe y Centroamérica consideraciones de tipo estratégico más que económico, Rangel

puede continuar jugando el papel de desprestigiador de mitos a la vez que reconoce los evidentes hechos históricos. No obstante, no puede existir una división fácil de factores estratégicos y económicos. De hecho, todas las confrontaciones entre los EE.UU. y la Unión Soviética tienen ramificaciones económicas y, es más, las diferencias fundamentales entre el este y el oeste se basan obviamente sobre la filosofía económica. Mas aún, al criticar la interpretación latinoamericana de los motivos norteamericanos, en lugar de examinar la intervención y sus efectos, Rangel dá por sentado las cuestiones centrales relacionadas con la participación norteamericana en la región. ¿Es cierto que el exceso de reacción por parte de los EE.UU., a la percibida amenaza del comunismo, frecuentemente desvía permanentemente a las tradiciones democráticas de su camino? Cuáles por ejemplo, han sido las consecuencias a largo plazo para el clima político de la región o, incluso para los intereses estratégicos de los EE.UU. de la participación norteamericana en el derrocamiento de Arbenz Guzmán en Guatemala, o el respaldo por los EE.UU. de regímenes tan represivos como aquellos de la familia Somoza?, ¿Y exonera éste énfasis sobre realpolitik a los Estados Unidos, sin siquiera mencionar a Rangel, de la responsabilidad de examinar los problemas morales que implica la intromisión en los procesos políticos de naciones soberanas?.

Los ensayos de Rangel, que despiertan la controversia donde están disponibles en Latinoamérica, no deberían ser ignorados por la comunidad académica norteamericana. Aunque algunos de los argumentos de Buen Salvaje están pasados de moda, otros aspectos del ensayo, tales como el llamado de Rangel a una difundida democratización de la región y su crítica a la tradición antidemocrática del PRI de México, pueden interpretarse como proféticos. El proyecto de Kosmos Editorial de distribuir el ensayo en toda América Latina y la edición de Transaction Books de 1987 demuestran que, al menos en algunos círculos, Buen Salvaje todavía es considerado como una importante interpretación de la realidad política de América Latina y de los EE.UU. 18/.

También cabe destacar que muchas de las posiciones adoptadas por académicos norteamericanos en su actual ataque contra la teoría de la dependencia, guardan una notable similitud con los argumentos originalmente promovidos por Rangel en Buen Salvaje y refinados en el más reciente El Tercermundismo, que expande el foco del punto de vista de Rangel allende Latinoamérica.

19/ Porque pueden reflejar un cambio en las actitudes políticas en algunos sectores de Latinoamérica y debido a su impacto potencial, tanto Buen Salvaje como El Tercermundismo deben ser tomados seriamente y examinados por latinoamericanistas en los EE.UU.

- Carlos Rangel falleció en su casa de Caracas la noche del 22 de enero de 1968.

- 1) (9ª. Ed.; Caracas: Monte Avila, 1976). Citas textuales, salvo indicación a lo contrario, corresponden a esta edición.
- 2) Aunque el reconoce que los términos “Hispanoamérica” y “América Española” son aptos para la realidad que describe, Rangel utiliza “América Latina” o “Latinoamérica” a todo lo largo de Buen Salvaje porque, según dice, este uso “se ha impuesto de tal manera, que renunciar a él, o insistir a cada paso que al usuario se excluye metodológicamente al Brasil, sería una complicación engorrosa y hasta pedante. Entienda, pues, el lector que a menos de advertencia expresa en sentido contrario, la América Latina de este libro es la América que habla español” (P. 26). A fin de minimizar las complicaciones al referirse a las ideas de Buen Salvaje, este artículo copia el uso de Rangel.
- 3) Véase “El libro de Carlos Rangel es un instrumento fundamental en la interpretación de Hispanoamerica”, en el Universal, 10 de junio de 1986. 1
- 4) Solo dos estudios han sido publicados por los hispanistas norteamericanos, ambos en los ensayistas, “Carlos Rangel y los mitos latinoamericanos: recepción y reacción”, de Joaquín Roy, Los ensayistas, 3, No 5. (marzo de 1979), 47 – 55, es una valiosa perspectiva de la reacción crítica latinoamericana a Buen Salvaje. Roy describe al ensayo de Rangel como “uno de los más importantes” desde probablemente Radiografía de la pampa... un libro que debe leerse, discutirse, dialogar con él, como un lector cómplice,⁵⁵. Martin Stabb, aunque también describe a Buen Salvaje como una obra importante, “enfocada directamente en cuestiones básicas y tradicionales del ensayismo hispanoamericano”, censura a Rangel por su omisión de reconocer la dimensión mítica de la realidad norteamericana. Véase “Estados Unidos y los buenos salvajes:

el revisionismo de Carlos Rangel”, Los ensayistas 5, Nos. 10-11 (marzo de 1981), 153-159.

- 5) “Intelligence about South América”, (Inteligencia acerca de Sudamérica) de Leo Radista, Midstream (agosto-septiembre de 1979), 39-44, un ensayo crítico altamente favorable, es el único estudio de más de una página o dos de la versión inglesa por un académico estadounidense. Reseñas breves y de carácter muy general aparecieron en el Washington Post el Chrisitan Science Monitor, el Los Angeles Times y Book World.
- 6) Véase Roy, “Carlos Rangel y los mitos latinoamericanos”.
- 7) Alcalá, “El libro de Carlos Rangel, test para el mal revolucionario”, resumen (4 de julio de 1976); Townsend Ecurra, “Apra, marxismo y revolución peruana”, Equis (Lima 1ro. de julio de 1976), 24; Arciniegas, “La gran farsa del mundo”, El tiempo (Bogotá, 31 de enero de 1977). Otras críticas favorables incluyen “Un libro para llorar”, de Pedro Berroeta, La Semana No. 29 (11 de mayo de 1977), 30; “Las inútiles justificaciones de Hispanoamérica”, de Armand Caraben, La Vanguardia Española (10 de febrero de 1977); “Un libro magistral”, de Antonio Alvarez Restrepo, El Espectador (Bogotá, 3 de enero de 1977); “El Buen Salvaje; libro del año”, de Eduardo Lemaître, El Universal (21 de diciembre de 1976) y “Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario”, de Hortensia Ruiz del Vizo, Diario Las Américas (10 de noviembre de 1977), 5, 15.
- 8) Ramírez Faría, “Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario; el expediente sin sentencia de Carlos Rangel”, Libros al Día, II, No. 27 (noviembre de 1976), 4-7, Rodríguez Trilla, “El Buen Salvaje”, El Mundo (29 de octubre de 1976); Ruiz, “Debate: Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario”, Punto (14 de junio de 1976). Un número de respuestas críticas que ponen en duda el patriotismo de Rangel, insinúan que es más francés o norteamericano que venezolano, o sugieren que no es el único autor de Buen Salvaje son esencialmente ad hominem. Algunas, como destaca Roy (P. 53), dan por sentado las preguntas serias que quedan por probar atacando la sintaxis y el estilo supuestamente adaptados al inglés del ensayo. Otras refutaciones serias incluyen: H.T.L., “Carlos Rangel: América Latina, y el buen norteamericano”, Brevario, 1, No. 2 (octubre de 1976), 54-62; Omar Oribe, “Del Buen Salvaje al Buen

Revolucionario”, Respuesta (julio de 1976), 36-37, y Arturo Sosa, “Ideología de la hipótesis buensalvajista”, El Nacional (20 de octubre de 1977).

- 9) Referencias a este supuesto incidente surgen en una variedad de Artículos, incluyendo “Un libro sensacional”, de José Antonio Rial, El Nuevo Día. (Puerto Rico, 28 de julio e 1976); “El libro de Carlos Rangel, test para el mal revolucionario”, de Luis Enrique Alcalá, y “Estados Unidos y los buenos salvajes; el revisionismo de Carlos Rangel”, de Martin Stabb, Esteban Emilio Mosonyi ofrece la descripción más detallada de la quema en “El mal llamado “Buen Salvaje” se rebela contra el “Buen Reaccionario”, “El Nacional (14 de enero de 1979). Mosonyi alega haber sido testigo del incidente, que según él fue llevado a cabo a instancias propias por un grupo de líderes nativos, y no estudiantes, que visitaban un seminario sociológico y antropológico en la Universidad Central.

- 10) La propuesta de prohibir Buen Salvaje, introducida por la consejera Amorós de León de Dutra, fue aprobada por el Consejo de Estado de Uruguay. Ostensiblemente, la acción era una respuesta a la severa crítica hecha a Rangel del ensayista uruguayo José Enrique Rodó. La referencia de Rangel a “comportamientos cada vez más represivos” (P. 185) del gobierno militar uruguayo es, no obstante, digna de mencionar; al igual que lo es la fraseología de la proposición de prohibir el libro “en el entendido de que el veneno que contiene no debe contaminar a lectores no debidamente preparados para la lectura”. Véase Rafael Urdaneta, “Del Buen Salvaje prohibido en Uruguay porque critica el Ariel de Rodó”. El Universal (10 de agosto de 1977)

- 11) Véase, por ejemplo, Tiempo Nublado, de Paz (Barcelona: Seix Barral, 1983), y la colección de ensayos en dos tomos de Vargas Llosa Contra Viento y Marea (2da. Ed.; Barcelona: Seix Barral, 1986), La crítica de Vargas Llosa de El Tercermundismo (Caracas; Monte Avila, 1982), la obra más reciente de Rangel, originalmente publicada en El Nacional (21 de agosto de 1983) e incluida en el 2do. Tomo de Contra Viento y Marea, 334-339, resume los puntos en que está de acuerdo así como sus diferencias con Rangel.

- 12) A. Feltra, "Entrevista con Carlos Rangel", *Vanidades Continental*, (enero de 1977), 47.
- 13) Véase "Claves para América Latina", de Rama, *El Nacional* (10 de octubre de 1976), una crítica de Historia Visible e Historia Esotérica: personales y claves del debate latinoamericano de Real de Azúa (Montevideo: Arca Editorial, 1975).
- 14) Jan Knippers Black resume la tradicional posición histórico-cultural junto con enfoques modernos al estudio de Latinoamérica en el resumen preliminar a Latin American. Its Problems and its Promise: A Multidisciplinary Introduction, (Latinoamérica. Sus problemas y su Promesa: Una Introducción Multidisciplinaria), ed. Por Black (Boulder, Colorado: Westview Press, 1984), 1-12. Una interesante adición reciente a la escuela culpista es el éxito de librería y altamente controversial libro de Rodolfo H. Terragno La Argentina del Siglo 21 (Buenos Aires: Sudamericana/Planeta, 1985), que atribuye la disparidad entre el relativamente bajo nivel de desarrollo económico de Argentina y sus abundantes recursos naturales y humanos a nociones anacrónicas de educación y a una actitud aprensiva hacia la ciencia y la tecnología.
- 15) Véase Richard Lee Clinton, "APRA: An Appraisal", (APRA: Una Evaluación), Journal of Inter-American Studies and World Affairs, 12, No. 2 (abril de 1970), 280-297.
- 16) Transcripción de "Frente a la Prensa", una discusión de Buen Salvaje, entre Rangel y cinco prominentes columnistas venezolanos, publicada en Resumen, 10, No. 135 (junio de 1976), 13
- 17) Véase Seymour B. Liebman, Exploring the Latin American Mind (Explorando la Mente Latinoamericana), (Chicago: Nelson Hall, 1976), 172-176.
- 18) En las palabras de Oscar Díaz de Villegas, director de Kosmos Editorial, Buen Salvaje "constituye un enfoque distinto, una interpretación nueva, con basamento en argumentos irrefutables, de los mitos y realidades en los que ha vivido inmersa la casi totalidad de la civilización hispanoamericana. Ese esclarecimiento de esas realidades históricas, culturales,

políticas y humanas, es de un interés permanente”, en “El libro de Carlos Rangel”, citado en la nota 3.

- 19) El actual ataque a la teoría de la dependencia quizás refleje una tendencia más marcada en las publicaciones norteamericanas acerca de relaciones interamericanas identificadas por Elizabeth G. Ferris en su reseña crítica “Interests, Influence and Inter-American relations”, (Intereses, Influencia y Relaciones Interamericanas). Latin American Research Review, 21, No. 2 (1986), 208-219. Destacando que “siempre ha existido una estrecha relación entre la forma en que los norteamericanos han estudiado las relaciones interamericanas y las políticas estadounidense hacia la región”, Ferris analiza diez obras, ocho de las cuales, según nos dice, “ofrecen en distinto grado los fundamentos intelectuales de las políticas de la administración de Reagan hacia Latinoamérica” (P. 209). The Third World: Premises of U.S. Policy (El Tercer Mundo: Premisas de la Política de los EE.UU), editado por W. Scott Thompson (San Francisco: Institute for Contemporary Studies, 1983), es un ejemplo de una obra reciente (no analizada en el ensayo de Ferris) que coincide con Rangel en muchos aspectos y dá su respaldo a las políticas económicas de mercado libre en Latinoamérica de la administración de Reagan. Véase especialmente Max Beloff, “The Third World and the Conflict of Ideologies”, (El Tercer Mundo y el Conflicto de Ideologías) 19-33; Allan E. Goodman, “Myth versus Reality in North-South Negotiations”, (Mito versus Realidad en las Negociaciones Norte-Sur) 35-52, y Tony Smith, “The Case of Dependency Theory”, (El Caso de la Teoría de la Dependencia) 203-222.